

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 3 DE OCTUBRE DE 1921

Nº 5

SUMARIO:

RAFAEL HELIODORO VALLE: *Notas de México*, p. 57.—ALFONSO CRAVIOTO: *Poetas*, p. 58.—D. SCHWEITZER: *Mensaje enviado a las Repúblicas Sudamericanas con motivo del Centenario del Perú*, p. 59.—LEOPOLDO LUGONES: *La ley natural*, p. 60.—*La «Semana del Niño» en las fiestas del Centenario de México*, p. 61.—VÍCTOR ML. SOLANO: *Anochece...*, p. 62.—*Nuestra edición de «La Edad de Oro» en Cuba*, p. 63.—AZORÍN: *La enseñanza de la literatura*, p. 63.—T. ESQUIVEL OBREGÓN: *Los Presidentes «Mano de Hierro»*, p. 64.—PEDRO S. ZULEN: *El Perú en su Primera Centuria Republicana*, p. 65.—ROBERTO BRENES MESÉN: *Encajes*, p. 67.—JOSÉ JUAN TABLADA: *No todos son petroleros*, p. 69.—JULIO CAMBA: *Hay que pinchar a los granujas*, p. 70.—*Los derechos de la juventud*, p. 70.—S. B.: *Cuestiones hidrológico-forestales*, p. 71.

Notas de México

México, D. F., 30 de agosto de 1921.

Sr. don Joaquín García Monge.

San José de Costa Rica.

Amigo don Joaquín:

ESTAMOS en vísperas de la gran fiesta secular de México y Centro-América. La antigua capital de los virreyes ve llegar a los embajadores de las tierras de sol. Viene Valle-Inclán, a quien esta mañana un cronista alaba diciendo: «este era un mago con sus lentes redondas y su barba muy larga, manco y seco, que formaba sus libros con piedras preciosas». Se anuncia que llegarán Henri de Barbusse y Paul Fort. No pudo venir Lugones, por premura de tiempo. Está invitado Chocano y hay entusiasmo por verlo y oírlo. De Centro-América llegarán delegados al Congreso Internacional de Estudiantes. En la estación azul se ve en el oro de las espigas la santidad de la primavera.

Los poetas alzan su voz en esta tremenda sinfonía: su voz que asume un trémolo de fervor. Alfonso Cravioto, con «El Alma Nueva de las Cosas Viejas» nos lleva con el encanto polifónico de sus versos a su tierra de balcones nostálgicos y de novias color de jazmín, a la Nueva España nuestra. Joaquín Méndez Rivas ofrece «Poemas Estudiantiles», llenos de resonancias cordiales, de frémits muy del allá íntimo. Bernardo Ortiz de Montellano exprime en «Avidez» el vino de su temblor inaudito ante el espectáculo

de la vida y el Amor; el Doctor Atl, el inquietante Gerardo Murillo, saluda al año con «Las Sinfonías del Popocatepetl», y está dicho que tienen en prensa libros suyos Enrique González Martínez, «La Palabra del Viento», Jaime Torres Bodet y Carlos Pellicer. En San Luis Potosí el Ateneo promete hacer la selección de los poemas de Manuel José Othón. Antier, en el Ateneo de la capital, Mariano Silva Aceves nos leyó dos cuentos sugerentes y Salomón de la Selva nos concedió las primicias de su libro «El Soldado Desconocido». Hay Juegos Florales de la Universidad en setiembre y acabamos de venir de presenciar los de Córdoba, la Ciudad de los Treinta Caballeros, que ha conmemorado el centenario de los Tratados Iturbide-O'Donojú. (Córdoba, en cuya iglesia parroquial resplandece la custodia regalada por la «Generalita» y a la hora violeta del ángelus cantan, moribundas de aroma, las gardenias...) Y mientras la personalidad del soldado de Iguala está siendo nuevamente debatida entre liberales y conservadores, y don Francisco Bulnes ataca la vida íntima de San Martín, y el Ministro argentino Dr. Malbrán defiende a su prócer, Antonio Caso dice un mágico discurso al presentar sus credenciales de Embajador Especial en el Perú.

Caso ya es un maestro amado: sobre su cabellera bethoveniana el laurel pone nuevos estremecimientos, mientras su corazón se da con desesperado

alborozo en el cotidiano sacrificio de su palabra, que es como una luz a donde se inclinan los rostros móviles de la Idea para erguirse de pronto iluminados. Es el pensador jovial que hace lucir, engréda y muy alta en su júbilo, la rosa de su íntima alegría; y su entusiasmo serenísimo infunde pasión y amor al ambiente del aula en que sobresale la gracia de su espíritu y se derrama, como de una antigua cratera, la dulcedumbre de su verbo. Yo creo que al par de la de Vasconcelos, es su figura la más culminante de su generación: comparten ambos la gloria y el encanto de su reino mental; y se dijera que están en su tranquilidad ardiendo como astros dioscuros en la limpidez de nuestro zodíaco. La juventud de este país debe un cielo de cariño azul a estos señores luminosos que saben regalarse en claridad desinteresada, pero que más admirables son por el dionisíaco frenesí de su ejemplo. Como al entrar al misterio de una fronda encantada, cuando oímos al Maestro se efunde en nuestro pecho la fruición morosa del lirio y fluye en su euritmia el sollozo melancólico del agua entre la niebla... Es él un Maestro en el cálido sentido del elogio, pues tiene el horror de la palabra desnuda, hace la caridad alegre de su prédica, y con su fuego interior se vuelven translúcidas aquellas ideas que vemos flotar como seres tenebrosos que sólo esperan el «hágase la luz» de su elocuencia. Este señor gozoso sabe prender al himatión del símbolo una nueva vaporosidad: vierte su voz en el silencio embelesado de su auditorio; ¡y cómo están de atentas las otras criaturas cuando tras el espectáculo crepuscular de las cláusulas surge en triunfo la sinfonía auroral de la luz! Guarda contra las travesuras del nibelungo su tesoro de semidiós y en su sortija verbal tremula de fiebre hasta aquello que otros creyeran mísera pedrería. Pudiendo servirse de su antorcha para llegar al país de la satisfacción pasajera, en donde vive augusto «el apetito desordenado de los hombres», prefiere ejercer el santo ministerio del entusiasmo, la majestad modesta de la flor que se desenvuelve para aliviar con su aroma a los incurables enfermos del Ensueño, a los locos que ansían en vano besar la frente imposible de la Verdad. Ahora que va, en romería intelectual, por-